

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 25 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Protección a la mujer madre, pobre o abandonada*, por Dulce María Borrero de Luján.—*Voces de aplauso*, por Enrique José Varona y Fernando Lles.—*Motivos de la semana*, por R. A. Catalá.—*Dar...*, por Flor de Luna.—*La vida encantadora*, por José Fabio Garnier.—*Tablero*.—*Viejecitos*, por Auristela C. de Jiménez.—*Página lírica*, por Francisco López Merino.—*Mayo...!*, por Edelmira Lagos.—*Humildes cántaros rotos*, por Carmen Lira.—LA EDAD DE ORO (con lecturas para niños).

Protección a la mujer madre, pobre o abandonada

Señora Presidenta del Segundo Congreso
Nacional de Mujeres:

Señores Congresistas:

Señoras y Señores:

En vuestra sed de justicia, hermanas congresistas, habéis dado al temario que valerosamente proponéis al estudio de todas las cubanas, una extensión verdaderamente pavorosa, de torrente invasor, de río que inevitablemente corre al mar abierto de la igualdad humana, avanzando en tumulto sobre el limo fangoso que los siglos criaron y enraizaron sordamente en su fondo. Y en el curso de este implacable, pero dulce río de dolientes clamores, mi corazón ha creído percibir el acordado grito de algunas voces supremas, cuya imploración se levanta dominándolo todo y vibra, perentoria, en nuestro oído: entre ellos ninguna más desgarradora que aquella que reclama de la conciencia de los justos, amparo y protección para la mujer obrera durante el embarazo y después del alumbramiento, socorro eficaz para la pobre madre abandonada, que, con la flor de su carne marchita sobre el seno, tiene que reemprender el camino de la vida, tallado estrechamente en la montaña de la negra miseria, cayendo a cada paso y levantándose de nuevo para caer más lejos, sin fuerzas y sin fe, hasta dejar definitivamente abandonada sobre la cima impía, bajo el sol compasivo de la Muerte, la corola deformé, la triste flor humana que una ley implacable creó de su olvidada hora de amor...

Sin embargo, esta voz misericordiosa no alcanza todavía a recoger en sí la grandeza de una cuestión cuya amplitud generosa abarca todos los intereses de la maternidad, y los cuales no pueden ser circunscritos al círculo privado de una sola clase de madres dentro de una sociedad, por mucho que ella sea la más necesitada de sabia protección. Si me apresuro a recoger su eco, es para intentar devolverla a vosotras agrandada hasta lo infinito como expresión de un dolor más vasto, encarnizado hasta hoy en el universo glorioso donde la mujer madre—cualquiera que sea su estado y condición—es el personaje atormentado que reclama a la civilización, en esta hora de reajuste de todos los valores morales de la humanidad, el respeto y la consideración que merece.

Confiada en la bondad vigorosa de vuestros corazones, madres generosas de la Humanidad nueva, es que me atrevo a ofreceros hoy la arcilla de mis ideas más íntimas y personales acerca de la más tierna de todas las proposiciones

encerradas en el temario oficial de este Congreso, por si podéis aprovecharla un día en modelar la imagen de una ética universal más justa y menos quebradiza que la que hasta hace muy poco ha regido, sin razón ni equidad, los destinos del mundo. Magna es mi aspiración, y su realización casi imposible; porque para llegar a reflejar en el molde vulgar de la palabra toda la inmensidad, toda la majestad que de la excelsa figura de la madre irradia, a modo de aura purificadora, hasta muy lejos en el círculo de las ciegas edades, sería necesario que nuestro pensamiento ardiese positivamente en el incendio de una divina luz, y que nuestra voz vibrara inextinguiblemente, empapada en las mieles más puras del amor, con la elocuencia de las fuerzas terribles que perpetúan y sostienen la vida. Desposeído de esta fuerza esencial, tendrá, empero, mi acento otra fuerza que muchas veces obra grandes milagros: la fuerza de la sinceridad, que, cuando menos, magnifica la intención de las almas. Sea ella mi escudo al presentar a los fríos aceros de los viejos prejuicios mis creencias desnudas.

¡Ya veis! En Camagüey, la provincia de Cuba donde la virtud tradicional de nuestras mujeres brilla con una intensidad más dulce, más serena, nimbándose las frentes de un halo de pureza más suave y luminoso, la Asociación Femenina, grupo de mujeres eminentemente cultas, insospechablemente virtuosas, consagradas tesoneramente a engrandecerse moral y mentalmente, elevándose sobre la ruindad ambiente por medio de su constante cultivo espiritual, me hace el honor de elegirme su representante ante este segundo Congreso de Mujeres que vuestro inteligente amor preside, y yo no tengo miedo de traicionar su confianza al disponerme a abordar, para tratarlo en todos sus extremos, tema de tal magnitud y trascendencia. Y es porque la tranquilidad de mi conciencia descansa, precisamente, en la suprema esperanza de que nuestra capacidad innata para el bien quedará para siempre a salvo de toda amenaza de decadencia y ruina, cuando una moral nueva, más humana y más fuerte—acaso más rigurosa en el fondo también—venga a librar a nuestra sociedad de las sombras de muchos crímenes callados y de muchas recónditas lacerías que el imperio de la torpe injusticia hace posibles.

Yo os preguntaría: hermanas, ¿quedásteis de veras satisfechas, de veras convencidas de que restituiríais a la madre al trono de su grandeza natural cuando trazatéis en vuestro

formidable cuestionario ese renglón piadoso, pero estrecho, que dice: necesidad de conceder descanso, antes y después del alumbramiento, a la mujer obrera; necesidad de atender a la mujer madre, «pobre» o «abandonada»? No hubiérais querido escribir mejor: ¿necesidad de respetar, de dignificar, de librar para siempre a la madre del general vilipendio con que un sentido equivocado de la moral humana la escarnece hace siglos? ¿Necesidad de honrar como merece a la mujer santificada por el misterio de la fecundación, dentro, o fuera del matrimonio, pobre o rica, abandonada o no? ¿No dictó silenciosamente vuestro sincero corazón, como complemento de esta sublime cláusula, la síntesis resolutoria del secular problema en esta forma: necesidad de exaltar la maternidad al nivel de su propia grandeza por medio de la educación de la mujer en el conocimiento de todos sus derechos y de todos sus deberes en relación con el hecho supremo de la reproducción?

No tenéis necesidad de responderme, previsoras y providas fundadoras del porvenir cordial que soñaron para Cuba los mártires de su libertad; reconozco en vuestra restricción, nuevamente ocasional, el imperio de una sincera y noble caridad, atenta siempre al urgente remedio de los dolores más agudos entre todos cuantos aquejan nuestro cuerpo social.

Sí, tenéis razón: debe y puede hacerse mucho todavía en beneficio de nuestras hermanas de la clase pobre en ese trance que debiera ser glorioso para ellas y que la realidad dolorosa de sus vidas hace lúgubre y abrumador como una cruz. Y ninguna mano más suave que la nuestra para ofrecer a ese pálido y manso rebaño de ovejas doloridas la gracia de un refugio, el rayo de una alegría con la esperanza de una cuna blanca para el hijo esperado en la tristeza, la paz con la visión fortificante de un horizonte acogedor a donde encaminarse bajo la aurora del día milagroso en que sientan de pronto su alma y su corazón rotos en dos. Pero, aun cuando todas las madres menesterosas de Cuba sonrieran dichosas sintiendo acrecer sosegadamente bajo sus pechos el raudal tibio y rico que ha de ser el sustento de sus hijos, el fantasma inhumano de la maternidad avergonzada y perseguida, seguiría entenebreciendo nuestro cielo con la sombra siniestra de sus alas.

Faltaríamos a la verdad si dijéramos que es nuestra voz la primera en levantarse a reclamar atención para nuestras madres desvalidas. Desde hace mucho tiempo, hallaron eco simpático sus tribulaciones en un grupo de corazones sanos y optimistas, llamados al cumplimiento de los deberes del más puro altruismo por la voz de un hombre cuyo nombre debe repercutir con dulzuras de bendición en el recinto de innumerables hogares cubanos: por la voz del doctor López del Valle. Emulándolo noblemente, entidades y agrupaciones benéficas, (de las cuales algunas son dirigidas por damas de nuestra más alta sociedad con el fervor de verdaderos apóstoles de la caridad fecunda, de aquella que no sólo ampara, sino guía al infeliz a la esperanza) han actuado con fervor en pro de las madres de la clase pobre. Vivas están aún en nuestras almas las luces conmovedoras de las fiestas de la fecundidad y la salud en que culminaron hace poco los últimos concursos de maternidad celebrados por la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. La ciencia de la puericultura tiene entre nosotros verdaderos cultores, abnegados y gozosos intérpretes, servidores fervientes. El ejemplar humano, sano y robusto, apasiona a los hombres de ciencia y enternece hasta la envidia el corazón de las futuras madres. Todo esto es digno de loa; todo esto significa ya mucho, por sí solo; pero tengo para mí que el día en que la protección a las madres sea más moral que material, habremos dado un paso más seguro en beneficio de nuestro mejoramiento psíquico y etno-

lógico, de la salud espiritual de nuestra raza en un cercano porvenir.

Lograr, por el socorro material oportuno, que las madres aniquiladas en el trabajo rudo del taller o la fábrica, hagan «un buen vientre» y den de él un fruto humano normal y robusto como promesa de un ciudadano más, es no apreciar la vida sino en un solo aspecto, ni buscar la fortaleza de una raza, sino por medio de su plenitud física. Mientras esta esforzada, pero incompleta labor se realiza, la sonda asesina sigue extrayendo sin ruido en el recatado recinto de muchas alcobas virginales, embriones de vidas robadas a la patria; la ojera azul florece tenebrosamente sobre el carmin hipócrita de muchos labios de mujeres que heroicamente fingen una sonrisa despreocupada y dulce entre el círculo de las amigas ignorantes y felices, aguardando como el condenado la hora terrible de marchar por sus pies hasta la horca, aquélla que debiera abrir un alba para sus conciencias iluminadas, y dibujar un camino definitivo para sus corazones satisfechos. Y hoy será el rayo del suicidio desquiciando un hogar; mañana, la hazaña abominable perpetrada por la sombra exangüe de una mujer que abofeteada por el miedo, sintiendo volar ya sobre sus huellas la jauría social, se pone en pie, de pronto, horrible, lívida, con las entrañas todavía crispadas, para ir arrastrándose hasta el lejano muladar en donde arroja al hijo,—¡vivo aún!—como un fruto abominable que bajo el sol ardiente de unos días madurará, ignorado, rezumando a la luz miel de gusanos!

Esta ignorante y dulce fecundada, más serena, abrazada al rosado cuerpecito del ángel esperado como a una cruz eterna, se confinará para siempre lejos de la familia y los amigos para ir agonizando con dos agonías horribles hasta su día postrero, sin más esperanza de amor, como castigo al pecado de sentirlo; aquella otra, enloquecida, con las tiernas manos débiles destinadas por Dios para fungir de alas provisionales en el fragante nido de las cunas, descuartizará, impávida, al hijo recién nacido, como si deshojara una nefanda flor, y lanzará sus pétalos sangrientos al corazón callado de la noche, vengativa y terrible, con un gesto feroz de maldición!

Esta es la realidad. Esta es la realidad que ninguna medida de orden material podrá cambiar.

Que hombres generosos dediquen su existencia entera al cultivo del individuo humano hasta lograr el espécimen, modelo de la raza por su vigor y sanidad perfectos; que gobiernos muníficos y previsores, movidos a piedad por el espectáculo del aniquilamiento progresivo de grupos enteros de la sociedad por cuyo afianzamiento y expansión están obligados a velar, dediquen gruesas sumas al establecimiento de asilos provisionales donde las madres depauperadas por la miseria rehagan el músculo atrofiado y remuevan el caudal sanguíneo que ha de nutrir al nuevo ser, alimentadas y atendidas racionalmente, son hechos cuyo resultado ulterior contribuirá eficazmente al alivio de una parte del dolor de los pueblos, y esto es mucho, en verdad. Pero aspirar al mejoramiento de la especie por este único medio nos llevará siempre al fracaso, mientras pese sobre la mujer el anatema de la sociedad cuando, instrumento dócil de una ley que no es dado al hombre controlar, concibe fuera del matrimonio. Entonces, el vilipendio unánime de una sociedad que la repudia, tal vez sin violencia, pero de modo inapelable. El elocuente coro en loor de la fecundidad y en glorificación del hijo, queda reducido a un vago extertor, al sordo lamento en que se extingue, moribunda, la última esperanza de justicia humana. Argos tiene cien mil ojos implacables fijados sobre esa frente de mujer, que no osará levantarse nunca más. Víctima del ultraje mudo, colectivo, anónimo, esta madre, elegida como las demás por la vida pre-

potente como cáliz de su esencia perpetua, se consumirá, se anulará como una sombra, como una mancha vil bajo la acción corrosiva de la indignación pública.

Fecundada en el lecho conyugal, aunque ninguna afinidad moral o fisiológica la ligue a su fecundador; aunque una repulsión efectiva la divorcie de él hasta en ese mismo instante con detrimento del equilibrio psicofisiológico del hijo por nacer, la mujer va entre palmas y vitores de respeto, sahumada por la consideración social como un ídolo adorable sobre el que flota la bendición de Dios, por una senda de rosas, a la consumación total del verdadero crimen de la debilidad femenina, que no es otro que el de dar a la vida un hijo concebido sin amor!

Fecundada fuera de la ley, el reverso de esta medalla de irrisión es algo muy distinto.

Bien puede la mujer por su edad, por su solvencia moral, mental y económica; por su desvinculación de todo compromiso anterior, estar en condiciones de ser el árbitro de su propio destino, hallarse en plena madurez espiritual y fisiológica; bien puede inducir la a la entrega total de su persona un sentimiento de amor largamente probado y constantemente acrecido; bien puede garantizarle la grandeza de su dichosa inmolación la existencia de una atracción suprema, de una simpatía irresistible, espiritual y física, entre ella y su poseedor; bien puede, más que por la curiosidad de conocer una delectación pasajera, ir a la consumación deliberada y generosa del gran acto de amor movida por una secreta necesidad de perpetuar en otra vida la fuerza de dos vidas armoniosamente enlazadas y ennoblecidas por la felidad; bien puede, en el fondo, no ser esta mujer más que el perfecto instrumento de una ley eterna que toda circunstancia hace apto para la magna función de concebir. Si el ínfimo requisito legal no ha podido cumplirse por cualquier impedimento fortuito, su corazón tendrá que renunciar a sus inalienables derechos; su razón, verdugo del impulso sagrado que la mueve, ha de imponer su anulador mandato sobre su voluntad, pues, ¡ay si la vida cumple en ella su perfecta misión!, porque la sociedad podrá perdonar el acto trascendente silenciado, pero no la evidencia material que inevitablemente lo divulga.

¿En provecho de qué ley de justicia, en apoyo de qué verdad fundamental, moral o fisiológica, ha podido venirse cometiendo esta arbitrariedad rica en derivaciones funestas para los intereses positivos y augustos de la vida, corruptora de la humanidad, mixtificadora repugnante de los sabios impulsos naturales?

En una balanza pura, no pesan más ante el ojo justiciero de las ciencias morales y positivas, los derechos masculinos que los de la mujer. Desde el punto de vista fisiológico, su organismo está dotado por la naturaleza más rica y delicadamente; vibra más pronto y resiste mejor a los requerimientos de la emoción, resorte principal, fuerza impulsora del complejo mecanismo genésico; y apreciada como centro moral de todos los principios generosos que alimentan el alma de la especie, una sola y suprema causa la prestigia y levanta sobre toda mezquina presunción: es la elegida por la naturaleza para asiento y crisol de la fuerza inmanente de la vida.

Y como si una Providencia superior revelase por la perpetuación de esa capacidad portentosa, nacen en el mundo más mujeres que hombres, como puede comprobarse estudiando estadísticas veraces; se ofrecen al sacrificio excelso y purificador de la procreación, numerosos y pródigos, los milagrosos vasos maternos!

¿Y si esto es así, por qué una multitud de causas secundarias que nada significan en contraposición de los valores eternos de la vida, condena a la mujer a las torturas de la infecundidad, impía y torpemente; o lo que es más innoble

todavía, la obliga a sacrificar criminalmente al fruto que nutrieron de su carne leyes más fuertes que ella, a destruir, a matar al hijo a cuya concepción fuera forzada por una fuerza externa, irresistible? ¿Qué derecho tiene la sociedad a señalar, a mancillar con su desprecio a la divina víctima de una ley natural ineludible?

Y en el caso de que se me arguiera que no siempre conducen al acto generador sentimientos de orden superior, presiones poderosas de una fuerza inflexible que obra por fuera de nosotros como agente de un designio supremo, y admitiendo que esto es una verdad, ¿cómo puede alardear de moral una sociedad que no respalda la acción represiva del Gobierno, prácticamente nula, exigiendo a los amantes egoístas la responsabilidad criminal que les cabe cuando inmolan impiamente al hijo, rezago acusador de un acoplamiento innoble, con la misma despreocupación con que rompieran una voluta de humo en el espacio?

Si en el primer caso la sociedad no tiene ningún derecho a acusar a la mujer, en éste, por el contrario, está obligada a hacerlo con el mismo rigor que al hombre, puesto que burlar a la vida envileciendo sus supremos fines, es más grande vergüenza que la de confesar altivamente al mundo que se lleva su fuerza en las entrañas!

Enséñese a la mujer a conocer y comprender el papel que le ha sido asignado por Dios en el escenario humano; incúlquese a la mujer su derecho a mostrar orgullosa ante el mundo al hijo que un poder inflexible la obligó a concebir, aun cuando causas ajenas a su voluntad la priven de toda protección legal; pero, a la par instrúyasele también de la tremenda responsabilidad que contrae con la sociedad, si, para poder seguir disfrutando impunemente de las ventajas menos edificantes del amor, sin perder por ello la gracia de su apoyo, atenta a las nobles reservas que aseguran su existencia al inmolar cobardemente el hijo que la vende.

Esto sería moralizar, hermanas, aunque haya quienes opinen otra cosa.

Uno y otro día empurpuran la crónica criminal hechos reveladores de la corrupción existente en el mundo de las relaciones sexuales. Si se estudiasen serenamente, se vería que no siempre tiene razón la mujer que para vengar su honor arma su brazo que fué, por la caricia halagadora, más bien que brida, espuela temeraria del ardor masculino, contra el causante de su amargo infortunio. Fuera de los casos, desdichadamente numerosos (y esto aboga en favor del tono moral femenino en general) en que la mujer por su absoluta inexperiencia y por su extrema juventud es seducida y burlada por el negro egoísmo de un amador vulgar, ella, muchas veces, sabe o adivina el peligro a que la expone su temeridad, en la que tanta parte toma la vanidad de sentirse deseada. ¿Por qué seguirla apoyando en la comedia de su debilidad, desatando exclusivamente sobre su burlador el huracán de la diatriba injusta?

De aquí las ventajas que se derivarían de una educación racional de la mujer, por lo que se vendría a descartar el dudoso argumento de su ignorancia, no siempre admisible. Así, al menos, sabríamos un día cuál es la mujer valerosa que atraída una vez al delicioso abismo de la emoción de amor despierta súbitamente a la conciencia de su deber más alto y escapando a la llama que la abrasa se levanta triunfante, alzando al hijo entre sus brazos fuertes, como una hostia de luz, y cuál la que haciéndose indigna de la grandeza de su suerte, corrompida ella también de egoísmo y de cálculo muestra al mundo que inconsciente la aclama, la aridez de su inútil existencia.

No se desnaturalice, arteramente, el alcance de estas normas regeneradoras. Por el hecho de atreverme a remover la

escoria que macula el ambiente de una sociedad que tiene pleno derecho a mantenerse limpia de inhumanas lacerias, nadie tiene derecho a suponer en mis apreciaciones personales, eminentemente nobles, licenciosas tendencias. Me concreto, como veis, al análisis de las causas determinantes de hechos inconcusos, para cuya represión han sido inútiles desde el principio del mundo las trabas ilusorias de la moral social, como lo comprueba el incremento alarmante que toman al presente el infanticidio y el aborto, crímenes monstruosos que precipitan dolorosamente la degeneración espiritual y fisiológica de la humanidad. Lo malo no está en conocer y estudiar estos hechos, animados de un hondo anhelo de atenuar sus efectos, sino en desconocerlos o negarlos. La verdad de la vida no concuerda con las leyes morales existentes, por la razón suprema de que ella, eterna y única, es «la ley».

¡Bajo el polvo de cuántas civilizaciones no ha estado preso en el alma femenina—como un ave celeste—este ideal de regeneración! Hora es ya, hermanas, de que impongamos el cauterio de la verdad salvadora a las llagas que nos corrompen y degradan. Nosotras, en esta hora trascendental, somos como unos tristes médicos impasibles congregados alrededor del lecho donde, bajo una sábana de oro, sabemos que se puede algo muy grande. Estamos obligadas a apartar el suntuoso cobertor y a ver la faz roída del paciente, que es nada menos que la patria misma. Sería funesto equivocarse, en esta hora suprema, el tratamiento de la dolencia repulsiva y múltiple que amenaza de muerte cuanto amamos!

Proteger, asistir, socorrer a las madres desvalidas; someter a cuidados especiales el agotado organismo de la mujer en el período de la gestación, es una necesidad imperiosa; es un empeño santo; mas no basta. Yo os pido más aun. Yo os pido el socorro moral, el auxilio espiritual que redime, que consuela, que cura, que levanta, para todas las madres! Robustecer por la atención material cuerpos de madres para provecho de la salud y el esplendor físico del fruto humano que de su carne y su dolor se cuaja, si es lo más importante de momento, es problema de fácil solución. Lo grande, lo perdurable, lo radical, lo verdaderamente digno de voluntades de mujer, es salvar el concepto de la Madre, es devolverle su majestad augusta como principio y símbolo grandioso de la vida inmortal.

Y si se me pregunta que quién infama al ídolo supremo del amor de los hombres, yo os voy a responder:

La sociedad, que despiadadamente la condena cuando el misterio de la fecundación se realiza en su seno sin su expresa sanción; el gozador sin conciencia, que después de haber sembrado en sus entrañas generosas la semilla del dolor infinito, divulga y comenta entre el coro de amigos disolutos el sabroso sabor de su fortuna; el hijo, el niño, ¡el niño!, que debiera ser espejo de su radiante majestad, cuando en mitad del arroyo lanza al hijo de otra la canallesca afrenta, como ardiente saeta de rencor; la letra de molde, voladora, proteica, inacallable, que recoge en colores encendidos la historia de la violación brutal, del incesto monstruoso, del más reciente escándalo social salpimentado con maliciosa y vil delectación; y por último, hermanas, para ser justa de una vez, ella misma, la madre, que se inmola, que se crucifica en la cruz de una ultraterrenal resignación; ella, que se oscurece, que se doblega, que se rebaja desde el principio del mundo, por no tener el valor de rebelarse, de levantarse, una e innumerable, a exigirle a los hombres que por ella respiran y razonan, respeto y devoción!

En suma, y para tratar de compendiar prácticamente en unas cuantas líneas generales mi magna aspiración, me atrevo a proponer a la consideración de este Congreso el siguiente proyecto:

1.º—Creación de un establecimiento especial, mitad clínica, mitad escuela, donde las madres pobres y sobre todo aquellas agotadas en el diario trabajo de los obradores, cuyos salarios son siempre exigüos, reciban durante un período prudencial alrededor del momento culminante de la gestación, cuidados especiales, tierna y sabia asistencia de manos de enfermeras preparadas, encaminada no sólo a su reconstitución fisiológica, sino a su mejoramiento espiritual, tan beneficioso en ese excepcional momento en que moral y físicamente se desdobra una vida. Que no se concrete la acción caritativa a surtir la de alimentos para su personal sostén, o a la dádiva de unas mudas de ropa con que cubrir al hijo cuando nazca. Nada ejerce más benéfica influencia en el alma de la que guarda la sublime dulzura de mecer en sus brazos a su hijo, que el imaginarse por un instante capaz de trabajar gozosamente para él. La madre que confecciona por sí misma, con las manos temblorosas de alegría, la canastilla del hijo, tiene por un momento la divina ilusión de que es feliz; la que prende la azucena de un lazo en el celaje de la prenda minúscula que ha de cubrir la seda del tierno cuerpecito idolatrado, siente en su corazón los efectos de un mágico sedante. Un pequeño jardín que cuidar; una página pura que leer; el contacto de todas esas pequeñas cosas vivas, armoniosas y leves que nos besan el alma para siempre si nos rodean a la hora de los grandes silencios de la vida, ha de ser el complemento de esa casa de paz y de esperanza. Pero en ella han de tener cabida también todas las madres: las menesterosas, las abandonadas, las que llevan en el seno la flor anónima de un amor desdichado o la gota candente de un recuerdo mortal.

Recibir en la casa de las madres a toda mujer necesitada de amparo en ese trance aflictivo, no se considerará como impremeditada ampliación de un sentimiento de piedad, de todos modos noble y respetable; sino como medida profiláctica contra el contagio vil del infanticidio, pavorosamente activo, por desgracia.

¿Qué acaso acarrearía esta medida el peligro de fomentar el aumento de las uniones ilícitas? Tal vez... Ya lo he pensado... ¡Pero no! Nunca lo haría en la misma proporción que la boca silenciosa del torno, abierta noche y día en los muros profundos de esas casas inmensas, siempre estrechas, levantadas por una dulce, por una sincera, (¿por qué no proclamarlo lealmente?) por una santa, pero contraproducente piedad. El hospicio salva una sola vida, la del hijo; pero mutilada para siempre por el dolor de su destino injusto: en el recinto de esa casa de paz con que yo sueño, se salvarían los dos, el hijo y la madre, quien no llevaría ya eternamente sobre el corazón helado el sello innoble de su renunciación inconcebible.

2.º—Que se castigue del modo que proceda, tanto al menor como al adulto, que en mitad del arroyo gritan la injuria innoble donde el nombre sagrado de la madre es afrentado pública y brutalmente.

3.º—Que se pida a la prensa cubana, que tan gentilmente muestra su adhesión a las desinteresadas campañas de estos congresos femeninos en pro de nuestra reeducación ciudadana, que modere, que suavice cuanto le sea posible el texto de toda noticia criminal donde la honestidad de nuestras mujeres, cualquiera que sea su condición social, esté comprometida de algún modo.

4.—Que se propenda, por todos cuantos medios estén a nuestro alcance a intensificar y difundir la educación cívica en la mujer, a desarrollar en ella el carácter desde una edad temprana, a ponerla al tanto de todos sus derechos y de to-

dos sus deberes en el seno de la sociedad de que forma parte, para que pueda defenderse por sí misma, serena y enérgicamente, en cualquier trance grave de la vida.

DULCE MARÍA BORRERO DE LUJÁN

(De *El Figaro*, Habana).

Voces de aplauso y estímulo

Señora Dulce María Borrero de Luján.

Mi muy querida Dulce:

Los penosos incidentes provocados por tu noble estudio sobre los derechos de la maternidad, ofrecen una prueba más del funesto espíritu de reacción que ha hecho presa de Cuba. Buen tiempo va siendo de que cuantos amen la libertad y respiren los aires de esta época de renovación, se apresuren a defender las conquistas de nuestra revolución, que no fué, en lo fundamental, un movimiento meramente político, sino de liberación de las conciencias. Todo eso fué la gran obra en que se empeñaron nuestros precursores insignes y continuaron con brío sus heroicos sucesores.

Tu alta inteligencia y tu generoso corazón lo han comprendido y sentido así siempre; y cada vez que has tenido que dirigirte al público, lo has hecho con la vista fija adelante, atenta a las necesidades que presentan a un pueblo moderno el desgaste de lo pasado y la exigencia de repararlo.

En esta vez te has superado a ti misma. Has estudiado, con clara visión de cuanto demanda el más hondo de los problemas sociales, una de las lacras más nocivas de nuestra desorganización actual, y, abrasada de piedad, has pedido el remedio.

Así te has puesto a tono con los pueblos más progresistas del grupo de nuestra civilización. En la península Escandinava, leyes novísimas regulan las relaciones entre los individuos de distintos sexos, con el mismo espíritu con que tú las has estudiado. Son leyes protectoras de la mujer madre contra el feroz o inconsciente egoísmo del hombre.

El mundo occidental no se queda estancado donde quisieran los que se levantan hoy en son de protesta contra ti; porque denuncias la indiferencia de los unos, la complicidad de los otros, y la incompreensión del mayor número. Haces, a tu vez, obra de precursora entre nosotros. Vayan contigo cuantos se den cuenta de lo que nos piden los nuevos tiempos, ansiosos de más amplia y completa justicia, primera garantía de la concordia social.

Tu amigo muy afecto,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 25 de abril, 1925,

Señora Dulce María Borrero de Luján.

Habana.

Distinguida compañera:

Permítame felicitarla efusivamente por el nobilísimo, valiente y excepcional trabajo de usted, presentado en el Segundo Congreso Nacional de Mujeres, cuyo trabajo acabo de leer en *El Figaro*.

Aquí, donde, evidentemente no pensamos los hombres, porque a toda función de ese género opone su rigor egoísta la pereza mental que nos caracteriza, el «conformismo o el dejar hacer» cómodo y beatífico, justo es que el dinamismo inte-

lectual de nuestra raza se manifieste por medio de las mujeres, y equitativo vendrá a ser, por consiguiente, que llegue a tener una participación indeclinable en la política y en la sociología, a renovar, en perentorio período de tiempo, la mentalidad constructiva de la mujer cubana.

Me ha llamado poderosamente la atención el estudio que usted ha presentado en el reciente Congreso femenino, porque ese trabajo, aparte de su insólita sinceridad y valentía, tiene la virtud de ser «ejecutivo», sustancial, constitucional, básico, definitivo como declaración de principios, en el estatuto natural y permanente de la conciencia humana.

Llevar al ánimo de las tristes heroínas del amor y de la libre afinidad electiva fuera del vínculo sancionado que no siempre permite la concurrencia de los factores naturales y esenciales en el matrimonio, llevar al ánimo de toda esa multitud anónima de víctimas el convencimiento decidido de que no hay moral ni sociedad que pueda infamar a una madre en nombre de ninguna ley humana, ni divina, es un alto y nobilísimo empeño que justifica por sí solo la incalculable importancia de estos Congresos femeninos, llamados a transformar profundamente, en sus mismas raíces, la estática absurda de una sociología que, si alguna vez estuvo justificada por transitorias razones históricas, económicas o religiosas, amparando en la prole legítima el predominio de las castas, la perpetuidad del credo religioso, la trasmisión de la herencia en el Derecho Romano y en el Estado burgués o el futuro provecho del hijo, bajo la protección del *pater familias*, no ha de responder siempre, por lo menos, a esos mismos fines, y muy especialmente cuando la ley y el Estado reconozcan en la mujer y en la madre el derecho de decidir sus destinos y los destinos de su pueblo.

Permítame, repito, felicitarla cordialmente, y si algún estímulo pueden llevar a su ánimo estas palabras más, me sentiré satisfecho, por haber cumplido con un deber de ciudadano y de hombre.

Con mis cumplimientos y respetos, quedo de usted muy atentamente,

FERNANDO LLES

Matanzas, abril, 1925.

(De *El Figaro*, Habana.)

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

Motivos de la semana

=Editorial de *El Figaro* de la Habana,
edición del 19 de abril de 1925.=

ESTE Segundo Congreso Nacional de Mujeres, que ha convertido, durante ocho días seguidos, en un jardín intelectual, al severo paraninfo de la Academia de Ciencias, no logrará rectificar la opinión que tiene la señora Chapman Cat, del feminismo latinoamericano. «Están nuestras amigas, las señoras del Sur y Centro América, cuarenta años atrasadas en comparación con las del Norte», ha dicho, hace poco, en un documento oficial, la presidenta de la Asociación Nacional Norteamericana del Sufragio Universal. La punzante verdad ha quedado intacta. Las animosas mujeres cubanas no han podido arrancar ese dardo que la severa dama de Norteamérica, ha clavado en el corazón de la mujer latina.

Pero si no ha sido este Congreso un paso de avance en el camino del feminismo, propiamente dicho, no puede negarse que esta vez nuestras mujeres han demostrado un entusiasmo consciente y una mejor organización en este gesto de pedir en público los mismos derechos que los hombres, que es, al cabo, propósito más o menos declarado de estos Congresos.

Ha habido discursos brillantes, trabajos bien intencionados y algunos muy notables como los dos de la Presidenta del Congreso—que son dos piezas oratorias completas. Esta talentosa señora ha demostrado en ellos gran disciplina mental, vasta cultura bien digerida y un gran acierto en lo que pudiéramos llamar la arquitectura de sus trabajos. Lo mismo puede decirse de las admirables oraciones de Emma López Seña y Dulce María Borrero de Luján, dos profundos entendimientos femeninos; pero, en general, ha faltado originalidad, fisonomía propia, una audacia siquiera, que diera carácter al Congreso. Más de setenta discursos se han leído en sus laboriosas sesiones y en vano el observador atento ha estado esperando el que habría de emocionarlo o conmoverlo. Las gentiles damas discursantes, sin saberlo, le daban la razón a aquel famoso doctor Grancher, quien a los postres de un suntuoso banquete con que lo obsequiaron los médicos de la Habana—hace más de treinta años—nos echaba en cara sutilmente nuestra impotencia creadora.

—Son ustedes—nos decía—enormes consumidores; pero... poco productores.

Esta vez nuestras hermanas, en su afán de ser en todo igual a los hombres, nos imitaron tan admirablemente, que bien puede incluirse, conjuntamente con los hombres, en el anatema de Grancher.

Está bien que nuestras mujeres, siguiendo la corriente del feminismo universal, quieran intervenir en la vida pública de un modo más decisivo, aunque en realidad, no haya obra humana en la que la influencia femenina no sea formidable, según lo tiene probado, la sabiduría griega hace mucho tiempo; pero si dando de lado al genio heleno, insisten nuestras mujeres en su idea de que se las tenga como hombres para todos los «efectos legales», lo primero que deben hacer es demostrar su entrenamiento moral e intelectual para las nuevas funciones. Esa preparación debe ser piedra de toque, eaballo de batalla, de la grey feminista para que la sociedad encuentre fundamentadas las pretensiones de las mujeres, en vez de verlas con recelo.

En Cuba, casi sin pedirlo, la mujer tiene ya los mismos derechos civiles del hombre, y casi todos los derechos políticos. Muy poca cosa le falta, y entre esa poca cosa está el voto, al que se le da una importancia de que carece, a nuestro juicio.

¿Qué cuestión trascendental va a resolver en Cuba el voto femenino? ¿Van a dar batallas electorales, las mujeres, independientes de sus padres, de sus esposos, de sus hermanos, de sus hijos? ¿Es que van a complicar, aumentándolo, el contingente de analfabetos, de nuestro censo electoral? Es que nuestras mujeres, tocadas un tanto de fanatismo religioso, o por lo menos, dejándose llevar fácilmente por el cura, nos van a obligar en lo de adelante a buscar en Belén la influencia electoral? Esas inquietantes interrogaciones son las que hubiéramos querido ver contestadas en la pulida prosa de las laboriosas congresistas. Al cabo, el Congreso que acaba de rendir su labor, era principalmente una asamblea feminista y estaba obligado por ello a hacer un alarde del esfuerzo femenino, poniendo de manifiesto sus gallardías y empuje. Y en esto es en lo que, precisamente, ha fracasado. Hasta para no perder un solo rasgo de la débil feminidad que ha acompañado a los trabajos del Congreso, vino a remacharla la inevitable falta de ortografía que antaño fué graciosa peculiaridad de la mujer. Las sonrisas del auditorio ante la ortografía caprichosa de las frases proyectadas en la pantalla cinematográfica con las cuales una vivaz disertante explicaba ideas, por otra parte muy amenas, estilizaron el ridículo en una de las sesiones del Congreso...

Nuestras mujeres son, sin duda, magníficas en sus virtudes privadas. Poseen, además, gran talento. Superan a los hombres en carácter, en firmeza y en rectitud. Desconocen el instinto de lo irregular y lo equívoco, que hoy arrastra al hombre hacia el abismo; pero les falta acometividad, fortaleza espiritual, para hacer efectivas sus claras visiones morales. Se las ve con frecuencia, comprensivas y fuertes, ante el peligro, como dispuestas a heroicas resoluciones; mas pocas veces explotan en tanta cólera para evitarlo; antes bien, muchas veces se dejan arrastrar por la corriente... Este estatismo inexplicable en almas tan superiores, es la causa de su fracaso en la vida profesional. Centenares de inteligentes cubanas han salido de nuestra Universidad, diplomadas de doctoras, después de una laboriosa, abnegada y brillantísima vida escolar; ¿pero cuántos de esos árboles frondosos han rendido el fruto que sus opulentas ramas anunciaba? Cruel tortura fué para muchas el aprendizaje de materias áridas como la anatomía, la disección, las matemáticas, la química. De las que soportaron esas amarguras con valor y abnegación, ¿cuántas son las que hemos visto luego triunfantes, auscultando un corazón abatido, o abriendo un vientre enfermo? Las graduadas en Farmacia son las más numerosas y, sin embargo, ¿qué pocos casos se dan en que la píldora salvadora haya sido moldeada por los finos dedos de la doctora, y mucho menos en los que el ojo femenino sea el que escrubiene en las reacciones químicas el mal oculto que mina la vida! Lo mismo las que profesan el Derecho. Muy pocas son las que se han abierto paso después de abrir bufete. ¿Se acuerdan ustedes de la confusión y amilanamiento de la defensora de la muchacha que mató al corruptor de su hermana? En la vida profesional se ha quedado la cubana, como cierto personaje de Eça de Queiros, en las fronteras. Sólo en la enseñanza, en el profesorado, nuestras mujeres pueden mostrar el brillante coronamiento de una carrera intelectual. No hablemos de los oficios menores en la administración pública y en los escritorios privados en que efectivamente la mujer da mejores resultados que el hombre, pues con ello no se prueba la superioridad femenina, sino un más humilde espíritu de sometimiento. «Si el orgullo de los hombres no hubiera creado al subalterno lo hubiera impuesto la mujer con su debilidad», es una frase de Nietzsche. Y si todo esto así, ¿por qué extrañarnos del poco éxito del Segundo Congreso Nacional de Mujeres? Reflejo de la impreparación que tiene toda-

vía la mujer cubana para enfrentarse con los graves problemas de la vida, era natural que se advirtieran en su organización, en su actuación y en sus conclusiones muchos defectos; pero también el cordial espectador ha encontrado una gran esperanza, una gran promesa en esta labor del Congreso: más o menos acertada, nuestra mujer ha revelado una voluntad decidida de progresar y de mejorar, y eso es ya prenda segura de triunfo. Querer es poder.

Nuestras mujeres seguirán luchando con denuedo por sus ideales. Hoy su vivo anhelo es votar: ir a las urnas a elegir y a ser elegidas. El Congreso cubano le concederá el voto, tarde o temprano. El camino de la oposición—si realmente ha existido—lo ha allanado la ilustre persona que va a ocupar la Primera Magistratura de la Nación el próximo día 20 de mayo. El general Machado, al decirles a las señoras congregadas en la Academia de Ciencias, que él era sufragista convencido, desde hace muchos años, les prometía tácitamente que Cuba les daría el derecho de votar durante su período presidencial.

¡Ojalá sea así para regocijo de aquellas nuestras hermanas que con ello sueñan! Venga en buena hora el voto para la mujer, si ha de ser para bien de Cuba y de sus hijas. Pero más que el voto, quisiéramos que la mujer moderna ansiara ser fuerte para ayudar al hombre a depurarse espiritualmente. La mujer es la que puede salvar al hombre en la pavorosa revolución moral que conmueve a la sociedad contemporánea. Por eso ha dicho un gran pensador, que las riendas del mundo no están ya en las manos del hombre, sino en el corazón y en el entendimiento de la mujer.

R. A. CATALÁ

Abril, 1925.

Dar...

Para Ud.

Mi jardín viste hoy de Primavera, todas las plantas bajo el influjo del agua bienhechora se han llenado de gozo y le ofrecen sus mejores galas a la Naturaleza que fecundará sus tallos y los cubrirá de flores.

—Dar, augusta verdad! Dar aunque no se pueda, aunque no se crea que es lo mejor lo que se da.

Da el Hacedor Supremo, dan el Universo, la luz, el éter, el rayo, el abismo, la oscuridad, la montaña, la alegría, el dolor, el silencio, la ilusión!

Dan las flores al viento sus aromas; dan los pájaros sus trinos sin saber siquiera su sentido; da el agua su frescura a la tierra, su inmensidad al mar; da el sol la vida, el aire sus savias y su oxígeno.

Dan frutos los árboles, los rosales rosas, la abejas mieles.

Las almas dan amor, el corazón ternuras; las bocas, palabras dulces, dan los ojos promesas y caricias.

La materia se condensa en el instinto, el cerebro vierte ideas, el pensamiento luces. Todo se aprovecha, todo sirve, todo tiene un fin para el cual ha sido destinado; apartad las brumas y veréis la Luz.

—Dar, sublime secreto de verdad, de vida.

FLOR DE LUNA

5 de mayo, 1925.

La vida encantadora

CUÁNTA melancolía causa el leer, tan amenudo, relatos de desesperaciones hondas, poemas en los que la vida se esfuma al través de un velo de intranquilidades sutiles, dramas que no dejan vislumbrar siquiera la luz de una franca alegría, ensayos en los que sobresale la nota pesimista como demostrando, en forma evidente, que sus autores no han querido ver la vida tal como es: hecha al mismo tiempo de dolores que aniquilan y de alegrías que entusiasman, de ingratitudes que sublevan y de esperanzas que ennoblecen.

Cuánto desencanto hace presa de nuestra alma de lectores ávidos, al encontrar, a todas horas, en casi todos los libros y en casi todos los autores contemporáneos, esa visión negativa de la existencia, visión que no es filosófica a la manera dolorosa de un Leopardi, visión que no es sensitiva por cuanto no es sincera, ya que define la humana vida como algo limitado entre el ayer cercano y el mañana más cercano aún.

No es posible que el alma de la moderna literatura se haga a sí misma prisionera de una sola manera de ver las cosas del mundo y los secretos del propio yo; no es justo que las generaciones venideras, al repasar las obras que fueron el pan espiritual nuestro por cuanto fueron producto de esta época, tengan que lamentarse de un exclusivismo pesimista que realmente no está ni en nuestra vida íntima ni en el ambiente que nos rodea.

Almas complicadas somos, es cierto, pero esa misma complicación nos permite explicárnoslo todo con serenidad envidiable; no nos detenemos en experiencias personales: eso nos causaría dolorosos desencantos al querer generalizar nuestras sensaciones; no vemos, no queremos ver, ni por un momento siquiera, un fondo negro en todas las cosas que nos rodean o una intención ingrata en cada una de las acciones que presenciamos o comentamos. Está bien que en la soledad alimentemos de meditación nuestras energías operativas, pero de esas soledades no debemos traer la languidez, que muy amenudo se convierte en indolencia, ni el desprecio por los seres humanos que siempre se transforma en odio hacia lo que no forma parte de nosotros mismos.

Someterse al dominio de la tristeza, sumergirse en el nirvana envilecedor del recuerdo del pasado sin sentir aprecio por el porvenir—que es santo, como dijo con frase admirable el viejo Carducci—tal parece ser el tema primordial de nuestros poetas, de nuestros prosistas, de nuestros comediógrafos, en fin, de todos los que embellecen una parte de su propia vida emborronando cuartillas.

Hay sus excepciones, sin duda alguna; pero ellas, precisamente, vienen a confirmar la regla.

El amor, en la literatura actual, es una tragedia: ya pasaron los tiempos del idilio enternecedor y delicioso; la vida de familia pareciera, a juzgar por las obras que pretenden relatarla, trágica también y llena de inquietudes; y saturada de desesperación aparece, con la vida íntima, también la vida social.

¿Es que ya en el corazón humano no quedan fibras humanas? ¿Es que los arranques de felina

audacia dominan el alma de nuestros contemporáneos? ¿Es ya imposible aquella sumisión deliciosa de un ser ante otro ser, que da nacimiento al más puro de los idilios? Es ya de otros planetas aquella renuncia que un alma hace ante la felicidad de otra alma para engendrar los más encantadores sacrificios?

Hay falta de Amor en nuestra literatura apesar de que en toda ella se haga profusión, rodeada de los epítetos más variados, de la palabra amor.

Como aquella poetisa rusa, Anna Achmatova, pareciera que todos dijéramos a la vida, aspirando a conservar el recuerdo inolvidable del pasado: «Sólo la memoria déjame, la memoria sólo del último instante!»

Como si allí terminara todo; como si con aquel último instante de una pasión más o menos noble y generosa se apagara la memoria del sol en nuestros corazones, como si antes que la noche, llegara a nuestro pecho, el frío de ultratumba.

Si el pasado fué bello, más lo ha de ser el porvenir! Acostumbrámonos a contemplar, con tristeza enérgica, la muerte esperada de ese «último instante» de un gesto, que bien puede ser de simpatía y bien puede llenar de dolor el alma de quien mucho nos quiere, podremos mirar, con espíritu sereno, hacia el porvenir en donde muchas cosas bellas esperan nuestros brazos acostumbrados a manejar el cincel, que acaricia al mismo tiempo que desgarrar, para que de ellas hagamos surgir radiantes, a la luz vivificadora de un sol que nunca muere, obras de arte alegre y sincero que han de cantar, con la armonía de sus frases y con la melodía de sus motivos, el encanto de vivir.

JOSÉ FABIO GARNIER

Viernes Santo, 1924.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

<p>CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p>	<p>Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p>
--	---

<p>REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,</p>	<p>SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
---	---

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Tablero

—1925—

¿Quiere Ud. enseñar bien?

(*Bosquejos, Planes, Direcciones para la enseñanza*).

El famoso libro en tres tomos de que es autora la distinguida educacionista argentina, Srta. Francisca Barreiro. La obra ha sido editada por el CONSULTORIO PEDAGÓGICO de la Plata, República Argentina, y no debe faltar en ninguna biblioteca, especialmente de maestros, de escuelas y de padres de familia, pues contiene, entre otras páginas interesantísimas:

130 bosquejos y planes de lección.

205 ejercicios aritméticos.

30 ejercicios ortográficos

y gran número de *poesías, cuentos, máximas y fábulas*, por lo que se le puede considerar como una biblioteca compendiada y arreglada para la enseñanza.

Dirigir pedidos a LEON J. PAGÉS, Calle 48, N° 742, La Plata, República Argentina, remitiendo por giro postal la cantidad de \$ 8.97 (moneda de los Estados Unidos de América).

En esa cantidad va incluido el precio de los tres tomos y el gasto de envío de los libros a Costa Rica.



Para la meditación

En carta de México, D. F., abril 28 de 1925, nos dice un amigo:

«Si de algo me regocijo completamente, es de saber que VASCONCELOS marcha a Europa definitivamente, el 9 del entrante; es lo mejor que puede hacer, porque en los momentos actuales de México, no hay oportunidad alguna para hacer nada grande.

De quedarse aquí, degeneraría en escritor chicanero y superficial: este ambiente de marihuana da al traste con las mejores organizaciones políticas e intelectuales».



Acontecimiento literario

En el presente mes de mayo aparecerá la novela de José A. Silva *De Sobremesa*, cuya publicación, demorada por más de treinta años, por múltiples razones, constituye sin duda uno de los acontecimientos literarios más trascendentales de nuestra vida intelectual. Al rededor de esta famosísima novela se ha jorjado toda clase de leyendas; se ha hecho toda clase de comentarios, y a decir verdad, por lo poco que de ella se ha traslucido, esas conjeturas y esas leyendas están más que justificadas.

De Sobremesa parece que abre las más extrañas e inquietantes perspectivas sobre la personalidad del poeta del *Nocturno*, y nos pone en claro muchos aspectos aún oscuros y misteriosos de su figura. Tendremos ocasión de volver a hablar sobre la novela de Silva, que está llamada a tener no sólo en Colombia, sino en la América, enorme resonancia.

(*El Tiempo*, Bogotá).



Revistas que se recomiendan

Alfar. Mensuario. Director: JULIO J. CASAL. Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

☞

Noticia de Libros

Hemos recibido en estos días:

De la Academia de la Historia, Cuba:

Centón Epistolario de DOMINGO DEL MONTE: Tomos I y II. Habana 1923-1924. Con un prefacio, anotaciones y una tabla alfabética por Domingo Figarola-Caneda.

Bibliografía de Enrique Piñeyro, con una introducción, notas y un complemento por DOMINGO FIGAROLA-CANEDA. Habana, 1924.

De los autores:

MIMUEL DE UNAMUNO: *De Fuerteventura a París*. Editorial EXCELSIOR. París.

ALCIDES ARGUEDAS: *La plebe en acción (1848-1857)*. Barcelona, 1924.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Cinelandia*. Editorial SEMPERE. Valencia.

R. TORRES ROJAS, *Estudios entomológicos*, Lepidópteros. 1925, San José de Costa Rica.

RICARDO GÜIRALDES: *Xaimaca*. Buenos Aires, 1923.

JORGE MAÑACH: *Belén el Aschanti*. Ed. de NUESTRA NOVELA. Habana, 1924.

AUGUSTO CORTENA ARAVENA: *Nocturnos y otros poemas*. Montevideo, 1925.

ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS: *Quimera Salvaje*. Lima.

XAVIER ICAZA, JR: *Gente Mexicana* (novela). Xalapa, Ver. 1924.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA: *Santa Colonia* (novela chilena). BIBLIOTECA NUEVA. Madrid. 1924.

JULIO CEJADOR y FRAUCA: *Tierra y Alma española*. Madrid.

ROBERTO F. GIUSTI: *Crítica y Polémica*, (Segunda serie). Buenos Aires. 1924.

GUILLERMO PATTERSON, JR: *El Partido de la Juventud*. Panamá. 1925.

MARIANO VÁSQUEZ: *La Grande Ilusión*. Trabajos unionistas de 1917 y 1921, San Salvador.

VICENTE LECUNA: *Documentos referentes a la creación de Bolivia*. Con un resumen de las guerras de Bolívar. Dos tomos. Caracas. 1924.

VICENTE LECUNA: *Papeles de Bolívar*. Caracas. 1917.

MIGUEL N. LIRA: *Tú*. (Poemas). 1925. México, D. F.

MANUEL E. LANA: *Apuntaciones críticas sobre el idioma castellano*. Santa Marta (Colombia). 1920.

ANDRÉS M. ZÚÑIGA: *Problemas de Enseñanza*. León de Nicaragua. 1922.

JOSÉ E. MACHADO: *El estandarte de Pizarro y la espada de Bolívar*. Caracas. 1924.

RODOLFO LENZ: *La reforma de la Gramática*. Santiago de Chile. 1924.

ALBERTO ZAMBONINI LEGUIZAMON: *Trilogía de las madres*. Buenos Aires. 1924.

L. E. NIETO CABALLERO: *Un libro del Arzobispo Brioschi*. Bogotá. 1924.

AUGUSTO FLÓREZ Z: *Fuerza*. Masaya, Nicaragua. 1925.

DANIEL COSÍO VILLEGAS: *Nuestro pobre amigo* (novela mexicana). «El Universal Ilustrado». 1924. México, D. F.

MARIO PUCCINI: *Miguel de Unamuno*. A. F. Formei-ggini. Roma.

F. M. GARCÍA ICAZBALCETA: *La hermana Pobreza* (novela mexicana). «El Universal Ilustrado» México, D. F. 1924.

F. M. GARCÍA ICAZBALCETA: *Manuel Gutiérrez Nájera*. Publicaciones de la Secretaría de Ed. Pública. México, D. F. 1925.

MANUEL NÚÑEZ REGUEIRO: *Fundamentos de la Anterosofía*, Buenos Aires. 1925.

FERNANDO ORTIZ: *Glosario de afronegrismos*. Habana. 1924.

Extractos y otras referencias de algunas de estas obras, los daremos en ediciones posteriores.



Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.

Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.

Del tomo IV: Números 19 y 23.

Del tomo V: Número 3.

Del tomo VII: Número 21.

Viejecitos

CABEZAS blancas, que meditáis inmóviles en la penumbra de las alcobas, nimbadas por la luz de la luna... que parecéis tocadas con el plumón de niveas avicillas, con el vellón de corderillo sin mancha...!

Yo me inclino reverente ante vosotras como ante una hostia santa... porque infundís respeto y veneración... porque la experiencia de los años os ha puesto aureola de beatitud... porque irradiáis luz del cielo!

Ya casi no sois de este mundo, blancas cabezas, viejecitos queridos de mirar apasible! Vuestros ojos que lucieron fulgores de estrella, fijos ahora en miríficas visiones, tienen la quietud de los celajes de ocaso...

Ya casi no sois de este mundo... Como frascos de esencias delicadas habéis ido prodigándoos, consumiéndooos... y pronto no quedará de vosotros más que una estela perfumada. Pronto el Ángel de la Muerte, sutil y leve como un sueño, os arrullará en sus brazos, murmurando a vuestro oído canciones de dulzura infinita...

¡Blancas cabezas, con blancura de lirios, pero de lirios prontos a doblarse sobre sus tallos ya marchitos, cómo me apena vuestro manifiesto cansancio! Quisiera yo, que convertido mi regazo en almohadón de plumas, reposárais en él... dulcemente... muellemente... como el niño en el regazo de su madre. Y vigilante yo de vuestro sueño, acariciar como ella vuestras frentes... besar con unción esos ojos de quietudes de ocaso... pasar suavemente mis manos por la seda de vuestras cabelleras blancas...

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ.

San José, 14 octubre, 1917.



Página lírica

de Francisco López Merino

ESTANCIAS DEL AGUA ESPECULAR

1

Por el agua dormida pasan leves ensueños
igual que por la mente de un niño ilusionado.
La frágil superficie del agua que ha soñado
es sensible lo mismo que un tejido de sueños.

La luz que se insinúa remotamente, quiebra
cada mañana el sueño casi blanco del agua.
Cuando tempranamente un encanto se fragua
la red de los ensueños se rompe hebra por hebra.

2

El agua tiene una transparencia inquietante
como de casta y honda mirada; transparencia
de llanto depurado por otoñal ausencia
y de impoluto velo de joven comulgante.

En esta transparencia vibran los ecos muertos
y perdura el recuerdo de las cosas cercanas:
ramas de verdor húmedo, fragantes mejoranas
y vuelos familiares de pájaros inciertos.

3

¿Sentirá el agua el peso virginal de la nube
y escuchará el latido del corazón del viento?
¿Percibirá, en la brisa, el encantado aliento
de un rumor de campanas que al infinito sube?

¿Serán ciegos sus ojos como su voz es muda
cuando descansa al paso de una tarde cambiante?
¿Será la hermana enferma de la lluvia inconstante
que a la tierra desciende musical y desnuda?

4

Todavía quedan hojas en el árbol del día:
dispersan sus fulgores con el desgano lento
de un eco de campana crepuscular que el viento
lleva por los senderos de la Melancolía.

Tierno estremecimiento del agua ante el cobarde
renunciar de matices que se vuelven penumbra.
Un rosal, de tan blanco, se dijera que alumbra
el último camino que olvidara la tarde...

ESTE VIENTO...

Este viento me trae fragmentos de palabras
de tres mujeres bellas que conversan de amor.
Se hallan bastante lejos de mí, yo no las veo;
adivino los rostros a través de la voz.

Una es morena y tiene las pupilas profundas.
Otra es humilde y blanca como el almendro en flor.
La tercera, incorpórea, musical y sencilla,
tan rubia es que parece un puñado de sol.

Las tres llevan tres nombres adecuados: Alicia
es, de ellas, la que tiene pupilas de dolor.
Inés es la segunda, blanca como el almendro
y Stella la tercera, toda tono menor...

Ha apagado sus labios invisibles el viento;
los sonos se prolongan en mi imaginación.
Pienso en las tres mujeres que de amor conversaban
y escucho las tres voces en una sola voz...

PRIMERA LLUVIA DE OTOÑO

Cae una lluvia tan fina
que no parece que llueve...
Es el anuncio impreciso
del otoño que ya viene
pintando de gris el cielo,
dorando las hojas verdes.
Pasan aún por las calles
primaverales mujeres
con atavíos flotantes
como nubes, por lo ténues.
Se dijera que han salido
así diáfanos y leves
a desafiar al otoño
que insensiblemente viene...

Cae una lluvia tan fina
que no parece que llueve...
Más bien es como el recuerdo
de otra lluvia, que florece
en la memoria de todos
callada y súbitamente.
Más bien es como el ensueño
del cielo, que se desteje
sobre los árboles quietos
del paisaje transparente.
Más bien es como una pena
que desde las nubes vierte
su mojada melodía
para que en el mundo sueñen...

Cae una lluvia tan fina
que no parece que llueve...
Seguramente hay enfermos
que la escuchan tristemente
como si cayera dentro
de sus pobres pechos débiles,
ensombreciendo en crepúsculo
el paisaje transparente,
apurando el paso grave,
misterioso de la muerte...
Hay, seguramente, madres
que al oír llover padecen,
y enfermos que entre la lluvia
ven como crece la muerte...

Cae una lluvia tan fina
que no parece que llueve...

MIS PRIMAS, LOS DOMINGOS...

Mis primas, los domingos, vienen a cortar rosas
y a pedirme algún libro de versos en francés.
Caminan sobre el césped del jardín, cortan flores
y se van de la mano de Musset o Samain...

Aman las frases bellas y las mañanas claras.
Una estatua impasible las puede conmovier.
Esperan la llegada de las tardes de otoño
porque, tras los cristales, todo de oro se ve...

Y vienen, los domingos, a cortar rosas... Saben que el eco de sus voces para mí grato es. Entre las hojas quedan sus risas armoniosas; ellas seguramente se ríen sin saber.

Mis primas, cuando llueve, no vienen. Dulcemente aparto los capullos que el viento hará caer; hago un ramo con ellos y pongo bajo el ramo un volúmen de versos de Musset o Samain...

POEMA DE TU VESTIDO DE DUELO

Silenciosa la muerte entró a tu casa y se llevó a tu hermana menor que está en el cielo. En tus pupilas hondas la tristeza descansa como la gravedad de tu vestido negro. En vano buscaría la metáfora que expresara lo que eres ataviada de duelo: nada más que mirarte como frente a una estampa ante la que llamamos de respeto.

Creo que desde niño te soñaba bajo la sombra de un dolor intenso. Mi fantasía decoró una estancia a media luz: tú estabas en el centro y si llegabas a llorar, lloraban todos. Pero no era más que un sueño...

En diáfanas mañanas y en tardes de domingos te imaginé en un templo: la música apagada de un órgano aumentaba la gravedad de tu vestido negro. La muerte había llegado hasta tu casa... Pero todo no era más que un sueño...

Y ahora que es verdad y que tu hermana se ha muerto, preferiría verte toda blanca entre las rosas de un jardín pequeño.

LIBRO DE ESTAMPAS

Viejo libro de estampas siempre fresco a mi anhelo de buscar la invisible huella de sus pupilas. Ella vivió el ambiente puro de cada cielo y detuvo su asombro frente a un seto de lilas.

Quién sabe qué silencio musical le dió un lago y qué ramo de voces los canales dormidos... Para su fantasía, del matiz ténue y vago se elevaba una estela diáfana de sonidos.

¡Cuántos ensueños truncos errarán todavía por las sendas sin nombre de estos quietos paisajes! ¡Cuánta leve nostalgia, cuánta melancolía tejida en el transcurso de fantásticos viajes!

NOTA.—Nos dice P. H. U., desde La Plata, R. Argentina: «Ahora le envío una «página lírica» de López Merino, uno de los mejores poetas jóvenes».

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Mayo...!

MES de flores y perfumes, de trinos inefables y de ensueños juveniles.

Mes querido! Tú encierras para mí los encantos de los palacios escondidos de las hadas! Palacios inolvidables que la fantasía borda de oro, plata y pedrería... ¡Mes de Mayo!

Tú... Mes hermoso que con tus flores haces brotar esperanzas dulces para engalanar la vida; para hacerla bella como tú... ¡Mes de Mayo!

Maravilloso eres en ese despertar de la Naturaleza, con tu olor a tierra húmeda, con tus renuevos de hojas verdes, con tus tardes quietas. Tú engalanaste mi alma infantil, mi alma adolescente; y así quiero que la engalanes en esta madurez de mi vida que me permite contemplar serenamente la realidad y la ilusión!

Tus días forman una sucesión de emociones dulcísimas. Tus amaneceres son blancos con girones vaporosos como los trajes de las novias; y como ellas, llevan coronas de azahares. Tu cielo azul, profundamente azul, hace pensar en lo inconmensurable. Y tus tardes? Oh! tardes de Mayo... rosadas, matizadas, o cual llamarada que envuelve al mundo!

Con tus maravillas, mes de nieve y esmeralda, hiciste brotar en mi corazón de adolescente aun, en aquel tiempo ido, la dulce quimera del amor, fresca y perfumada como tus flores; era un puñado de matices arrancado a tus tardes; por eso hoy... es un bello matiz de mi vida...!

Ah...! si pudiera concluir así como tus tardes, dejando en cada mente, en cada corazón, el recuerdo, de un bello matiz!

En la dulce contemplación de tus tardes, mi alma se convierte en una lira, cuyas cuerdas vibran al contacto de los dedos de espíritus alados que lo embellecen todo dentro de mí. Mi fantasía nuevamente se infantiliza poblándose de ensueños purísimos, ingenuos, como en aquellos días que ya están lejos. La lira de mi alma emite notas dulces, intraducibles, que me hacen llorar, que me hacen sonreír y me hacen vivir un mundo interior inocente, pleno de dichas como en los palacios de las hadas buenas.

Contemplo con arrobamiento la obra divina de la Naturaleza, en esas nubes de formas caprichosas cuyo color da la impresión de que se está quemando el cielo. ¡Así quisiera prolongar mi vida en un dorado ensueño!

El amor al Bien, que me inspiraron esas tardes olorosas a tierra humedecida, a brotes nuevos, a algo indefinible, vivirá en mí, será mi ideal, mi tesoro espiritual. Seré buena, porque en mi corazón guardaré eternamente el dulce recuerdo de tus tardes, ¡Mes de Mayo!

EDELMIRA LAGOS

Nicoya, 1925.



Humildes cántaros rotos

Como era un hombre rubicundo, llamábanle Juan Colorado, para distinguirlo de los otros Juanes del barrio: Juan Jacobo y Juan Gabrielo, así apellidados por los nombres de sus respectivas mujeres, Jacoba y Gabriela.

Su cabaña estaba a la entrada del lugar, al pie de la colina en que se asentaba el pequeño caserío, e indudablemente tal posición hacía juego con los bienes de su dueño.

El riachuelo que pasaba frente a la puerta, a ser un riachuelo filósofo, habría reparado en la diferencia de fortunas que existía entre el dueño de la última casa, encaramada casi en el cucurucho de la colina y el de la primera, la más baja. Aquélla, casa grande, confortable, de dos pisos, rodeada de jardines y con grandes corrales. Corría y corría el arroyuelo, porque en lo ligeras sus aguas no tenían rival, y no acababa de salir de los bosques, prados, rastrojos, pertenecientes al amo de la hermosa casa rodeada de jardines. Le movía un aserradero y un molino de almidón de yuca. Y jamás acababa de contar las cabezas de ganado que se inclinaban para abreviar en sus aguas. Por fin metía su frescura en el pegujar de Juan, dentro del cual no se estaba ni dos minutos.

¡Con hijos si lo enriqueciera Nuestro Señor! Por suerte aquel aire bendito de las cumbres del Barba y aquellas aguas que no encerraban en sus linfas los tricocéfalos y anquilostomas de los médicos, los tenían tan sanos y tan guapetones, que cuando asomaban a la puerta, la cabaña de Juan parecía humilde cesto por cuya boca asomaran amapolas y rubias flores de paira.

El verano se acercaba y el dueño de la casa grande, terminadas las rozas que hizo en sus montañas, no tenía más trabajo que dar a las gentes del lugar. Conversábase en las tardes, bajo los cobertizos, de irse alistando para bajar al valle a las próximas cogidas de café. Juan Gabrielo iría con sus muchachos a la hacienda de don José Manuel; Matías y los suyos a la de don Quito.

La yunta de Juan Colorado, de bueyes tiernos, casi unos terneros, pero valientes y voluntarios como ellos solos, pacía tranquilamente la yerba que Dios le reparaba en el camino, porque su amo no tenía en qué ocuparla. Había cesado el acarreo de trozas y ahora podían descansar a pierna suelta.

Y había que pensar en llenar a la menudencia sus barriguillas inconsecuentes. Entre tanto, se ayudaban comiéndose la milpa hecha en un terreno prestado. De noche, a la hora de la cena, a falta de otra cosa, los niños echaban en el hogar sendas mazorcas tiernas, envueltas en su tusa, que una vez asadas, eran despojadas de ella. La cocina llenábase del sabroso olor que entonces despedían y las dentaduras ágiles comenzaban a arrancar los dulces granos, muchos de los cuales esponjábanse como azahares.

También había que pensar en cubrir aquellas carnes, capaces de acabar con la paciencia de la buenaza de Natividad, tal era el afán de asomar su sonrosado y tierno encanto a curiosear por las innumerables desgarraduras de las ropas. La aguja de Chica, la mayor de las niñas, una madrecita de once años, no tenía punto de reposo: zurcir, remendar, hacer milagros. No había en la casa una prenda de vestir que no luciera remiendos de diferentes colores y telas. Con un saco de manta, marca Gallito, fabricaba en un abrir y cerrar de ojos, una camisa a Beto o a Juan Chiquillo y daba no sé qué verlos muy ufanos, vestida la camisa en la cual campeaba el gallo de la marca, ya en el pecho, ya en la espalda.

Octubre llegó con sus temporales. Los canasteros comenzaron a subir a la montaña a traer bejuco para tejer canastos, labor muy vendible en tiempo de las cogidas de café.

Juan Colorado se preparó a ir por bejuco. Indispensable era hacer algo, no podía estarse mano sobre mano con semejante chapulinada que tenía buen diente.

En una madrugada, bajo un temporal que lo mandaba Dios Padre y con un frío de los que se estilan en esas alturas, salió de su casa y se incorporó a los bejuqueros que pasaban.

Tres leguas lo menos tuvieron que hacer para llegar a la mancha de bejuco que podía abastecerlos a todos.

Muy avanzada la tarde regresó, abrumado por la carga, con el vestido hecho una sopa y los pies destrozados. Hizo otro viaje dos días después entre la tristeza de la niebla y el frío, para procurarse el bejuco necesario.

Por fortuna, el temporal se fué y un sol que era un contento secó los tallos verdes. El viernes, veinte canastos grandes y bien trabajados estaban listos para la venta. Bien es verdad que no soportaba el dolor de espalda, y las manos a pesar de su dureza le sangraban. Y no podía ser de otro modo; toda la semana inclinado: primero el asiento en el cual la colocación de los paraleos exigía cuidado si no se quería deshacer más tarde toda la labor y luego, usted teje, y usted teje... los ojos le dolían. Preferible era volar machete todo un santo día.

Beto, el muchachillo de nueve años, fabricóse con los restos del bejuco, tres cestitas primorosas que adornó con fantásticos dibujos rojos y verdes. Las vendería a las niñas de la ciudad a veinticinco céntimos cada una y con el dinero, compraríase una dulzaina, sueño dorado del niño desde el turno, en que escuchó embobado a un campesino sacarle músicas a una. Tocaría en las tardes bajo el cobertizo y los gritos de sus hermanos le harían coro. La llevaría siempre en el bolsillo, y en la montaña, cuando fuera a acompañar al padre a alistar un tronco para el aserradero, en tanto que éste lo labrase con su hacha, él tocaría en su dulzaina. Los jilgueros lo acompañarían. Sería una cosa... muy... ¿cómoda dijera él? oír su música entre la quietud fresca de los bosques.

Y en verdad, que hubiera recordado así nuestro salvajillo, medio desnudo, sonrosado, con la piel espolvoreada de un finísimo vello dorado, enredadas entre la maraña de su cabañera leonada las hojas y flores que el viento dejara al pasar sobre él, y tocando su dulzaina al pie de un tronco musgoso, al dios Baco niño, arrancando melodías a la siringa. Habrían dado ganas de vestirlo con la piel de corzo salpicada, calzarle los coturnos y poner a su lado la férula adornada de pámpanos.

A Juanico y a Baltasar, encontrólos el sol del viernes en un moral, con la sonrisa entre un embadurnamiento de jugo de moras que les cubría la punta de la nariz, las mejillas y la barba. Escogían las frutas negras y despreciaban las rojas que parecían racimitos de gotas de sangre: de aquéllas, dos eran puestas entre la boca y una iba al balde que portaban. A la hora del almuerzo, sin embargo, estaban en casa con dos cuartillos de moras dentro del recipiente. Querían que otro día su hermano Beto, que iría con el padre a la ciudad, los vendiera y con el importe les comprara unos sombreros: que la cabeza del uno ya andaba a la intemperie y la del otro estaba cubierta no más por una copa.

Chica y Felicidad fuéronse después de comer al bosque a traer san miguelos en botón. Eran ágiles como ardillas y daba gusto verlas retozar entre las ramas más altas de los más altos árboles. Sus hociquillos rojos se confundían con los lindos capullos de esta flor de un arbusto de nuestros bosques. Trajerón los delantales llenos y mientras los otros chicos les

hacían rueda y los rayos del sol poniente parecían fundir el oro de las ocho cabecitas, las dos niñas adornaban varas con los capullos de san miguel y los aseguraban con hilo. En las flores abiertas no había que pensar, porque de tocarlas una mariposa, dejaban caer al suelo los pétalos. Quedaron las ramas así adornadas, a modo de tirsos engalanados con flores rojas y con hojas verdes. Fueron agitados, para conocer la seguridad que tenían, entre la gritería de los chiquillos.

Beto también vendería en el mercado a los niños de la ciudad, que tanto gustan del sabor ácido de esta flor, los graciosos ramilletes, y compraría a las coquetas una vara de cinta del mismo color del cielo, a cada una.

¡No se podía quejar Juan Colorado de la imaginación de sus hijos! He aquí que no tenían con qué cubrirse, ni la comida abundaba y pensaban antes que en la manta y el pan, en dulzainas y cintas. ¡Ah! ¡Que en la vida todo lo que preocupa no ha de ser tan basto como la manta ni tan vulgar como el pan, y benditos los humildes que piensan en su miseria en tener música y en prender en su cabeza un trozo de tela de seda color de cielo!

Calculaba con Natividad en vender los canastos a noventa cada uno. Bien los valían y aún más, pues trabajados por mano experta en el oficio, estaban. ¿Veinte a noventa? Diez harían nueve colones; otros diez, otros nueve colones. Con dieciocho colones compraría manta para toda la familia, unos pantaloncillos para los muchachos, zaraza para las muchachas y Natividad. ¡Natividad, la pobre, que no tenía con qué salir donde la viera la gente! Pan, café, candelas...

El lucero de la mañana en lo menos que pensaba era en callar su luz, cuando la carreta de Juan cargada con los canastos, atravesó, dando tumbos, la tranquera. Los niños la despidieron con gritos y recomendaciones. Se alejó brincando pesada y alegre.

Los morales de fruta menuda y tallos prismáticos ponían en el aire su olor a incienso.

Entre las cestitas de Beto iban los tirsos de Chica y Felicidad. Como las niñas los dejaran toda la noche entre los berros del riachuelo, estaban frescos y en sus hojas se veía temblar gotas de agua cuando les caía el rayo de una estrella.

Bien entrado el día, llegaron a la ciudad.

Encontráronse con el padrino de los niños, quien convidó a Juan a echarse un *consuelo*.

Cuando arribaron al mercado, los ojos le bailaban y sentía dentro de la carne el deseo de retozar que se le despertaba cada vez que el ron le pasaba por la garganta. Una vez en él, supo que había abundancia de su mercancía. No fué posible colocarla a noventa la pieza. Tuvo que cederla en bulto a quien le ofreció más y dejó los veinte canastos por seis colones. Fué preciso ir a rociar el trato a una cantina cercana. Beto quedó sentado a la orilla de la acera, al lado de los vendedores de pájaros encerrados en jaulas de caña. El niño esperaba tranquilamente compradores.

Entre las cestitas, las flores de san miguel sonreían alegres en las varas y las moras regaban en torno suyo un perfume agrídulce. Los mosotillos brincaban entre las jaulas y echaban al aire su canto quejumbroso. El niño soñaba con la música de su dulzaina. Ya no se aburriría cuando fuese con el padre a labrar troncos... pues el tocaría y tocaría hasta que su padre le dijese: Callate Beto, que me tenés loco».

Pero, ¿dónde venderían dulzainas? Así que se desocuparan, su padre lo llevaría a buscarlas.

¿Y los sombreros de Baltasar y Juanico? Y las cintas de sus hermanas tenían que ser del mismo color del cielo... bien, bien.

En esto un tropel de gentes desembocó en la esquina, ¡Dios mío! ¿Qué veía? un policía llevaba a su padre, quien gritaba desafortadamente.

Echó a correr como un loco y se acercó. Juan Colorado, medio borracho, con el sombrero en una mano, lanzaba al aire una salva de gritos alegres, ensordecedores. El contento salvaje que la más pequeña gota de aguardiente ponía a correr dentro de él, salió a las cuatro copas, lo mismo que un torrente por su boca.

—Tata, tata, balbuceó Beto acercándose.

—¡Hola, Betillo! Es mi hijo, señor policía. Este señor me lleva porque estoy alegre, Betillo.

Y seguía gritando y haciendo gestos ridículos, insensatos. Las cestitas, los cuartillos de moras, los tirsos adornados de san miguel, todo se borró del pensamiento del niño que siguió a su padre tembloroso y sollozando.

La puerta del cuartel cerróse ante él y tras su padre.

A Juan Colorado lo llevaron a la sala de los detenidos: allí estaban dos borrachos sentimentales que se abrazaban y se decían palabras tiernas, un muchacho sorprendido robando gallinas y dos mujeres que riñeron en la calle y que seguían insultándose por lo bajo y lanzándose miradas furibundas.

Poco a poco la alegría de Juan se evaporó y ahora dormitaba con la cabeza caída sobre el pecho.

La corneta del cuartel tocó su fanfarria del medio día.

Por los cristales sucios de una ventana, veíase la punta de un pino que crecía en un jardín cercano.

A los dos borrachos les pasara su hora sentimental y miraban ante sí con cara de idiotas.

El pobre hombre comenzó a ver claro en sí. De la hoguera que ardió en su pecho y lanzó chispas por su boca, no quedaba sino un montoncillo de cenizas.

¡Jesucristo! ¿Qué había hecho? ¿Qué diría Natividad? No tuvo tiempo de meditar más. Fueron llamados ante el comisario. En la sala desnuda y fría, tras una mesa, un hombre joven con aires de pisaverde, se preparaba a juzgar, puliéndose las uñas. Tenía las manos de una dama.

Comenzó el interrogatorio y la repartición de castigos. Frunció el ceño e irguióse en su silla:

A los dos borrachos, diez colones de multa a cada uno y ya sabían lo que les tocaba si se repetía y los tomaban.

Al muchacho de las gallinas, le fué endilgado un sermón tonto, sin pies ni cabeza, en el cual se repetía a menudo la palabra honradez. Hablaba el juez sin dejar sus uñas, que dijéranse hechas de concha nácar:—¡Una semana de encierro!

Llególe el turno a Juan, quien comenzó a balbucear y a llamar coronel al comisario porque lo veía con galones.

—Sí, había gritado porque estaba alegre. Bebió unos tragos y después no podía estar con la boca cerrada. Lo debían soltar. ¿Qué habría sido de su hijo Beto? El señor coronel le perdonaría aquella ofensa. El era un hombre honrado. Don Juan Pacheco y don Esteban Solís podían servirle de testigos.

Por lástima y por ser la primera vez, se le impuso una multa de cinco colones, setenta y cinco céntimos, como si se tratara de un solo grito, cuando había alborotado todas las calles por donde pasara.

—«El hombre que apura una copa, no es un hombre honrado!»—Y este aforismo salió breve, terminante, y acompañado de un movimiento enérgico y afirmativo, de la boca del pequeño agente de policía, que casteñeteaba la lengua de gusto cuando un whiskey o un cognac la mojaban.

—¡Cinco colones y setenta y cinco céntimos o cinco con seis! Hubo que repetírselo varias veces para que comprendiera.

Mas, ¿de dónde los iba a tomar? Cierto era que en el bolsillo tenía sus seis colones, pero eran para comprar manta y ropa

a los chiquillos y a la mujer. Natividad no tenía segundas enaguas que ponerse. Y además la carne y el pan...

¡El señor agente de policía estaba fastidiado! Si no quería pagar, descontaría la multa en un calabozo. Y la bonita mano retorciase el bigote, mientras pensaba en la graciosa bailarina del circo.

Juan dió lo que llevaba y le devolvieron una peseta.

Sentadito al borde de la acera continuaba Beto.

Ya no lloraba. El polvo se le pegó a las mejillas, mojadas con lágrimas y la cara tenía así una cómica expresión dolorida.

A ratos recordaba sus cestitas, las varas adornadas con san miguelos, los cuartillos de moras, la carreta. No se atrevía a ir a buscar ninguno de sus bienes porque esperaba de un momento a otro ver salir a su padre. Quiso hablar con el centinela pero no fué comprendido.

Tornó a su sitio de observación y el recuerdo de su dulzaina nunca vista y de la música jamás sentida, llenó de tristeza aquella alma infantil.

Cuando Juan salió, le tocó el turno de gritar a Beto.

El muchacho se le agarró de las piernas y lloraba y reía. Se abrazaron y lloraron en silencio.

Los bueyes y la carreta fueron encontrados en un lugar seguro que el comprador de los canastos buscó caritativo.

En el bolsillo de Juan bailaba la peseta. Sentáronse en un banco del parque a hacer las cuentas y cavilaciones de la hormiguita cuya fortuna era un cinco: ¿si compráramos esto, si compráramos lo otro?

Pasó un vendedor de caramelos, de esos que portan su mercancía clavada en un poste delgado y largo.

A Beto le parecieron bonitos y apetitosos y Juan llamó al vendedor. El chiquillo escogió una vistosa guitarra de un rojo llamativo, una custodia amarilla y una trasparente mujer enjarrada.

El resto del dinero fué compado en pan.

Se iba la tarde. El corredor de la casa de Juan estaba silencioso porque los niños se habían ido al camino a encontrar la carreta. La madre, sentada en el umbral con el niño de pecho en el regazo, los vió alejarse rientes y dichosos, con la esperanza que constituía para ellos la vuelta del padre.

A ella le gustaría que Juan les hubiera comprado una zaraza azul con rueditas blancas.

En lo alto de la cuesta los niños aguardaron.

¡La dulzaina! ¡Los sombreros! ¡Las cintas!

—¿Cómo es una dulzaina? preguntaba José.

El traqueteo de la carreta dejóse oír al fin...

CARMEN LIRA.

San José de C. R., 1916.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: ~~¢~~ 2.00.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	¢ 1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
L. Lugones: <i>Las industrias de Atenas</i>	5.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luís de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00

Mi delirio sobre el Chimborazo

Yo venía envuelto con el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los ríos y los mares; ha subido sobre los hombros gigantes de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño superior. *Era el Dios de Colombia que me poseía.*

De repente se me presenta el Tiempo. Bajo el semblante venerable de un viejo, cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano...

«Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fué la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponeis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito que es mi hermano».

Sobrecogido de un terror sagrado, «¿cómo, ¡oh Tiempo!—respondí,—no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino».

«Observa,— me dijo — aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: dí la verdad a los hombres».



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.

SIMÓN BOLÍVAR

(V. LECUNA: *Papeles de Bolívar, Caracas*).

La piedad de los niños

Pero que en Piedecuesta había piedad, lo sabía yo por propia experiencia. Y una piedad poco y nada común: la piedad de los niños.

Un día se presentó el maestro Domingo Guerrero, y nos dijo antes de empezar las tareas:

—Yo soy responsable de la salud de ustedes, pero hay algo capital que me obliga a hacer un llamamiento a sus corazones. Un joven, llamado Gamaliel Noriega, que venía de Europa, ha muerto anoche de fiebre amarilla sacada de Cúcuta. El hermano que viaja con él, está medio loco, porque no encuentra quien le ayude a enterrarlo. Los que quieran acompañarme, que se pongan de pie.

Ni un solo niño permaneció sentado.

Salimos en pelotón, y al llegar a la casa donde estaba el cadáver, nos descubrimos en el más profundo silencio.

Entonces, varios vecinos, animados por nuestra conducta, tomaron en sus manos el ataúd y nosotros seguimos en pos de él hasta el cementerio.

Al colocarlo en la bóveda, se desprendieron las molduras y un joven quiso depositarlas en la tumba, pero el hermano las cogió en sus manos y dijo, dirigiéndose a nosotros:

—Yo fui a encontrar a mi hermano que volvía de tierras extranjeras, después de coronar su carrera de pintor. Mi madre lo aguarda desde hace diez años, contando las horas y los días. ¡Ahora, por todo recuerdo de su vida y de sus desvelos, le llevo las molduras de su ataúd! Pero hay algo que ha de consolar su corazón: es la conducta de los niños de Piedecuesta. ¡Y si mi hermano mirara desde la eternidad, vería que nada hay perdido en la vida, porque él idealizó la niñez con sus pinceles, y a la hora de la muerte fueron manos de niños las que le dieron piadosa sepultura!..

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

(Cuentos y Enredos, Bogotá).

La sequía

Corrían días⁽¹⁾ terribles para las comarcas azuayas.

Dios hizo de ellas un *colmado canastillo*, puso la perpetua verdura primaveral en sus campos, regados por multitud de ríos y torrentes, que los fecundan; dióles la sombra de bosques seculares bajo la inmensidad de un cielo azul y cristalino, y las pobló de gente laboriosa y humilde, sincera y devota, que se contenta con poco para llenar sus horas de satisfacción y alegría.

Mas, según el miserable juicio humano, fruto del dolor y la desesperanza, Dios raras veces es completo, y no parece sino que busca la aplicación de la ley de compensaciones con el objeto de no labrar en el bajo mundo la plenitud de la dicha de sus pobres criaturas; y Dios, al hacer un Edén esa bendita tierra, se reservó el derecho de aflijirla de vez en cuando con las angustias de la sequía y la horrible desesperación del hambre.

¡La sequía!..—El sembrío está en floración espléndida: brota, crece, se expande el germen generoso, abriendo a la esperanza los corazones de ricos y pobres. Las campiñas son inmensas sabanas de verdura, ya medio amarillenta con los frutos tempraneros, y el Sol, una bendición del Cielo, que alegra las almas de los creyentes campesinos.

Y sucede que en una noche cualquiera ese cielo misericordioso se pone de un azul profundo, metálico, en cuyo fondo brillan las estrellas con inusitado resplandor. Vuélvese la atmósfera de una diafanidad fatigante, y corre frío, mucho frío, un frío húmedo y enervador.

Inquiétanse los labriegos; los hacendados se enfurruñan; aldeanos y habitantes de la ciudad alzan con angustia los ojos a la altura, y murmuran todos:

—¡La Lancha!

¿Qué es la *lancha*?.. Díganlo meteorólogos y más hombres de ciencia. No es la nevasca; no hay nieve en aquella zona, sino es en las distantes y altísimas cumbres, extrañas a la vegetación aprovechable; no es el pedrisco, el granizo, porque éste suele venir envuelto en ráfagas de grandes lluvias, y resulta inofensivo; no es la escarcha, porque no cae una gota de mal relente, y apenas el suave rocío vespéral humedece los campos. Es algo peor: un súbito enfriamiento de la atmósfera, una congelación circundante. Y así, en una noche, los gérmenes mueren, las plantas tiernecitas y prometedoras se agostan, se quema hasta la grama de los prados, y caen las flores de los huertos; y cuando amanece, un sol fúlgido en un firmamento sin nubes, de azul turquí, alumbra una vasta extensión amarilla, de color de cadáver... ¡Con meses de anticipación, se han perdido las cosechas!

Y es lo terrible que el suceso se repite noche por noche, en cientos de leguas de extensión; y a estos enfriamientos suele acompañar el agotamiento de los raudales que bajan de la montaña, que son agua potable, riego, higiene, salud y vida; y cesan las lluvias; y hay en la Naturaleza un gran dolor y un gran silencio.

¿Cuál la obligada consecuencia de esto? El hambre de millares de infelices; la muerte del escaso ganado; la dispersión o fallecimiento de las familias indígenas, siempre las peor libradas. Caen las gentes por docenas, por centenares, en los caminos, en los recovecos ignorados, en las apartadas chozas.

Pues con la sequía, la peste. Los ríos son chorros misérrimos y sucios; la falta perpetua de la más primordial higiene pública, fea característica de las poblaciones serraniegas, multiplica por miriadas de miriadas los gérmenes patógenos; y como los labriegos se disputan con las aves y con los animales inmundos granos verdes y raíces malsanas, no es mucho que la disentería, el escorbuto, el tifus, se propaguen de modo incontrastable.

Y en aquel año fatal había en Cuenca hambre, peste... y el espectro de la guerra civil que llamaba a las puertas; y como ya comenzaba a arder la contienda armada en lejanos ámbitos de la República, el odio político hacía de las suyas, persecutor e iracundo.

Y para que nada faltasen al espanto de los humildes e ignorantes, todas las noches recorría, solitaria, los espacios una estrella de vivo resplandor con una enorme cauda lumínica, que parecía un abanico desplegado en la inmensidad profunda; a cuyo paso ululaban los indios, balaban y mugían lastimeramente los rebaños, aullaban los perros con las cabezas vueltas hacía arriba; y sollozaban los ciudadanos dándose golpes de pecho, de rodillas en calles y plazas. Y de instante en instante se enrojecía el firmamento con súbitas llamaradas que incendiaban con fulgores de meteoro los horizontes perdidos entre el azul del cielo y la negrura de las montañas... ¡Qué días, y sobre todo, qué horror de noches!

Hambre, peste, guerra... y cometa: año terrible. —Los fieles cristianos más devotos que nunca acudían en tropel a la iglesia catedral a ofrendar su angustia en las aras de la Madre Piadosísima, ya puesta su última esperanza en la misericordia divina.

El gran templo⁽¹⁾ estaba materialmente lleno. En la ciudad de Cuenca de ahora cuarenta años ir a la iglesia era costumbre, un hábito social; y en el caso a que estamos refiriéndonos, había, además, la curiosidad de oír a orador tan aventajado.

¿Qué decía?.. La plática fué corta, y admiróse el auditorio al advertir cuán bruscamente se había interrumpido. Pero en el ánimo de todos estaba la sensación de que algo iba a ocurrir... Se aumentó, de pronto, la iluminación del altar mayor, y descubrióse el Santísimo, con el acompañamiento coral de los himnos rituales. Entonces se levantó el predicador, que, durante esta mudanza había permanecido de rodillas dentro del púlpito, y ante la postrada multitud comenzó a hablar nuevamente.

(Concluirá en la próxima entrega)

(1) La vieja Catedral de Cuenca, Ecuador.



(1) Año de 1882. En Azuay, Ecuador.